

Ezequías, un hombre del santuario

Michel PERROT

biblicom.org

Índice

1 - La purificación del santuario (2 Crónicas 29)	3
2 - La Pascua (2 Crónicas 30)	5
3 - Sacerdotes y levitas (2 Crónicas 31)	5
4 - La necesidad de la prueba	6
5 - La primera prueba (2 Crónicas 32:1-23)	7
6 - La segunda prueba (2 Reyes 20:1-11)	8
7 - La tercera prueba (2 Reyes 20:12-19)	9

La historia de este piadoso rey de Judá se cuenta en [2 Reyes 18 al 20](#), [2 Crónicas 29 al 32](#) e [Isaías 36 al 39](#). Al considerar su vida, también aprendemos lo que es un verdadero renacimiento. Hay dos en la historia de los reyes de Judá, este y un segundo bajo Josías, otro rey piadoso. Se distinguen por una ruptura con lo establecido por el hombre y un retorno a lo establecido por Dios. Ambos son fruto de la gracia de Dios y se produjeron de forma repentina, sin ninguna previsión. Obsérvese que en ambos casos la Casa de Dios (imagen de la Asamblea) y la Pascua (imagen del culto) ocupan un lugar destacado, lo cual es siempre la marca de un verdadero renacimiento.

En [2 Reyes 18:1-7](#), el Espíritu Santo nos presenta un notable retrato moral del rey. Si su padre Acaz era impío, es de suponer que su madre Abi tuvo una feliz influencia sobre él. Volvió a lo que había hecho David, el rey según el corazón de Dios, un raro y notable elogio dirigido solo a él, a Josafat y a Josías ([2 Crón. 17:3-4; 34:2](#)). Una de las características del renacimiento es volver a lo que Dios estableció en el principio. Ezequías rompe los ídolos y no perdona la serpiente de bronce que los hijos de Israel habían conservado durante más de 700 años y que se había convertido en objeto de idolatría. El cristianismo está lleno de estos vergonzosos Nehushtanos (idólatras). La confianza, el apego al Señor y la obediencia a sus mandamientos caracterizaron a este rey fiel, por lo que Jehová estuvo con él. La verdadera fe no quiere conocer otra cosa que la preciosa Palabra.

El relato de [2 Crónicas 29 al 31](#) sobre la purificación del templo, la celebración de la Pascua y el restablecimiento del servicio de los sacerdotes y levitas falta en el segundo libro de los Reyes, que, en cambio, desarrolla mucho más los ataques del rey de Asiria.

1 - La purificación del santuario (2 Crónicas 29)

Habiendo sido abolido el culto y habiendo sido cerradas las puertas del templo por su padre Acaz, Ezequías, sin esperar, y actuando con la energía de la fe, abre estas puertas, las repara, y pide a los levitas que se santifiquen, y luego que santifiquen esta casa de Jehová. Esta obra se completó el día 16 del primer mes del primer año de su reinado ([29:3, 17](#)). Josías también mostró un celo similar por esta casa.

He aquí, pues, un rey que comienza su carrera cuidando del santuario, y por así decirlo en el santuario, un rey que el Espíritu Santo nos presenta desde el principio

como un adorador, y que sabrá volver a esta casa en los días oscuros de los ataques del rey de Asiria para ser un rey que ora.

Seamos también hombres del santuario, amando entrar en él y estar allí, e incluso habitarlo, como lo expresó David (*Sal. 27:4*); porque es allí, y en ningún otro lugar, donde nos volveremos inteligentes en los pensamientos de Dios (*Sal. 73:16-17*). Además, este lugar será el punto de partida y la fuente de nuestro servicio. Es peligroso dejarse llevar por un torbellino de actividades, ciertamente todas buenas en sí mismas, pero que no corresponden necesariamente al plan de Dios para nosotros. En este camino podemos encontrar la aprobación de nuestros hermanos, pero quizás no la de Dios. Entremos, pues, en el santuario antes de que nuestra actividad degenere, y pongámonos allí a los pies del Señor; aprendamos de él para que nuestro servicio sea verdaderamente el resultado de nuestra comunión con él. Gracias a que era un hombre del santuario, Ezequías pudo decir que el holocausto y la ofrenda por el pecado serían para todo Israel (*2 Crón. 29:24*). La unidad visible del pueblo ya no existía, pero el rey, enseñado por Dios, veía al pueblo en su perfecta unidad. Con este fin, envió mensajeros por todo Israel para invitar a todo el pueblo a venir a celebrar la Pascua en Jerusalén. En cuanto a nosotros, aunque vivimos en una época de ruina en la que los creyentes están dispersos y divididos, no olvidemos nunca, cuando nos reunimos en torno a la mesa del Señor, que estamos expresando la unidad del único cuerpo (*1 Cor. 10:16-17*).

La indiferencia hacia la actual Casa de Dios, esta «morada de Dios en el Espíritu» (*Efe. 2:22*), denota un pobre estado del corazón. ¿No deberíamos tener el mayor interés en esta Asamblea, que Dios adquirió con la sangre de su propio Hijo? ¿Estamos demasiado ocupados con nuestras casas de paneles (*Hag. 1:4*)? El Señor Jesús, cuando estaba en la tierra, fue consumido por un gran celo por el entonces profana do templo, al que consideraba como la casa de su Padre (*Juan 2:14-17*).

A pesar del ejemplo y el celo del rey piadoso, el servicio de los sacerdotes era tristemente defectuoso. Eran pocos porque muchos no se habían santificado (*2 Crón. 29:34*). En el momento de la Pascua se nos dice que no se habían santificado en número suficiente (*30:3*). Sin embargo, se avergonzaron, tanto ellos como los levitas, y se santificaron (v. 15). Y al final del capítulo vemos que habían hecho serios progresos; dice que «muchos sacerdotes ya se habían santificado» (v. 24). En la era actual, tenemos el gran privilegio de traer un sacrificio de alabanza a nuestro Dios y Padre, porque él nos ha hecho un reino, sacerdotes para su Dios y Padre (*Apoc. 1:5-6*). Pero entendamos que, para realizar tal servicio, debemos purificarnos de toda contaminación de carne y espíritu (*2 Cor. 7:1*).

2 - La Pascua (2 Crónicas 30)

La Pascua, el memorial de la redención, sigue a esta purificación. Ya hemos señalado que el rey tenía una idea correcta de la unidad del pueblo y por eso envió mensajeros a todo Israel. Sabía que la Pascua se había ofrecido por todo el pueblo. Como “vivía en el santuario”, su corazón se ensanchó y aprendió a ver al pueblo como Dios mismo lo veía. A pesar de la proclamación de unidad, el pacto de Josafat con Acab (2 Crón. 18) fue fundamentalmente erróneo y ciertamente no procedía del santuario. Hay una gran diferencia entre los caminos de Ezequías y Josafat en estas dos ocasiones. Este último, aunque piadoso, cayó en una trampa espantosa por su falta de dependencia y comunión con Dios. ¡Qué lección para nosotros y qué invitación a vivir en el santuario!

En esta Pascua, las disposiciones de la gracia de Dios respondieron a la debilidad humana (Núm. 9). Sin embargo, muchos en el pueblo no se habían purificado, por lo que una plaga comenzó a golpearlos; pero el rey piadoso oró por ellos, y Jehová escuchó a Ezequías y sanó al pueblo. Así que comieron la Pascua, no como está escrito (2 Crón. 30:18), a diferencia de la que fue celebrada bajo Josías, poco antes de que el juicio llegara al pueblo. Esta última se hizo de una manera absolutamente acorde con la Escritura, que el Espíritu Santo subraya con fuerza (2 Crón. 35). Después de la Pascua, fue celebrada la fiesta de los panes sin levadura con gran gozo y decidieron volver a celebrarla durante siete días (2 Crón. 30:21, 23). Solo cuando nos separamos del mundo podemos saborear el gozo de la presencia del Señor.

3 - Sacerdotes y levitas (2 Crónicas 31)

La destrucción de los ídolos (v. 1) es la continuación normal del capítulo anterior. Tras la celebración del culto verdadero, los falsos dioses caen. Habiendo recibido fuerza y gozo en el real santuario donde habían adorado verdaderamente, fueron y derribaron los ídolos. Los que han probado el poder de la adoración, la presencia del Señor, entonces juzgan lo que no es conforme a la Palabra y se apartan de ello. Esta obra se extiende también a Efraín y Manasés a través de los que habían venido a celebrar la Pascua en Jerusalén y comprendieron la necesidad de romper con la idolatría. Hoy en día, la mesa del Señor no puede ser asociada de ninguna manera con el mal.

De nuevo en el capítulo 31, el rey piadoso, deseando poner en orden la Casa de

Dios, establece las clases de sacerdotes y levitas sin las cuales el servicio del santuario no podría estar asegurado. Ezequías da el ejemplo y, en cuanto al pueblo, paga sus diezmos generosamente. Personas son responsables de las distribuciones. De estos detalles podemos extraer muchas instrucciones para la época actual. Así, la Primera Epístola a los Corintios nos muestra cuál es el orden adecuado en la Casa de Dios, y la Primera Epístola a Timoteo nos enseña cómo debemos comportarnos en esta Casa. Sin duda, el hombre preferirá otro orden, el que él mismo ha establecido y que le parece más práctico y más adaptado a la época actual. Pero este pensamiento humano no debe sustituir en modo alguno el pensamiento de Dios, revelado claramente en las Escrituras. El orden humano puede parecer lógico, imponente y atractivo, pero a los ojos de Dios solo es desorden.

El Espíritu Santo concluye esta primera división de la vida de Ezequías con una aprobación incondicional (v. 20-21). «Ezequías... ejecutó lo bueno, recto y verdadero delante de Jehová su Dios». Es bastante raro escuchar tal apreciación de un servicio. ¿Podría aplicarse también a nuestra vida?

4 - La necesidad de la prueba

Las tres pruebas que Dios envió a Ezequías están registradas en el capítulo 32 del Segundo Libro de Crónicas y en los capítulos 18 al 20 del Segundo Libro de Reyes. Estos dos relatos difieren considerablemente, pero se complementan para darnos una visión general de la segunda división de la historia del rey piadoso. Los capítulos 36 al 39 de Isaías siguen con mucha fidelidad lo que se encuentra en el Segundo Libro de Reyes, excepto el escrito de Ezequías, que solo se encuentra en Isaías.

Esta nueva parte de la historia se introduce notablemente con las palabras: «Después de estas cosas y de esta fidelidad» (2 Crón. 32:1). El Espíritu Santo reconoce así que Ezequías había sido fiel, y si Dios iba a enviarle pruebas, no serían castigos, sino que le serían enviadas por su fidelidad. Esto es una prueba, pero en su sentido más noble. Del mismo modo, se nos dice que Dios puso a prueba a Abraham (Gén. 22:1), y fue un honor especial para él, como lo fue para Ezequías, conocer tal camino. Dios nunca probó a Lot, el creyente mundano; nunca conoció este honor especial. Ezequías había sido fiel a la casa de Dios hasta ese momento, pero ¿mostraría la misma fidelidad frente a un mundo que era enemigo de Dios? De estas tres pruebas, la invasión asiria del país, una grave enfermedad y el envío de la embajada babilónica con una carta y un regalo, está claro que la última parecía la más fácil de

superar. Pero, ¿fue realmente así?

5 - La primera prueba (2 Crónicas 32:1-23)

La primera prueba, es pues, el asalto asirio. La gracia de Dios sugiere a Ezequías que bloquee todos los manantiales y el arroyo que fluye en la zona, y que conduzca las aguas bajo tierra para que Jerusalén no se quede sin agua viva cuando los asirios vengan a asediar la ciudad. ¿No es esta una imagen de la Asamblea constantemente desalterada por la preciosa Palabra de Dios mientras es asaltada por todos lados? Para encontrar el lugar donde preparar la Pascua, los discípulos tenían que seguir a un hombre que llevaba un cántaro de agua ([Lucas 22:10](#)), una imagen del Espíritu Santo presentando la Palabra.

Con orgullo, Senaquerib y sus siervos desprecian a Jehová, al que se atreven a comparar con los dioses de las naciones. Ezequías y el profeta Isaías oraron por ello y clamaron al cielo (v. 20). El resultado fue que Jehová exterminó el ejército de Senaquerib; en cuanto a este, regresó a su país, donde sus propios hijos lo pasaron a cuchillo en la casa de su dios, que era impotente para protegerlo. Pero, para tener una idea completa de esta prueba, tenemos que consultar ahora los capítulos 18 y 19 del Segundo Libro de Reyes.

Se notará que aquí encontramos un fracaso de la fe en el rey que no se registra en el libro de las Crónicas. Ezequías se dejó intimidar por Senaquerib y cedió a sus exigencias ([2 Reyes 18:14](#)). El libro de los Reyes muestra a Ezequías en una posición de responsabilidad, y el libro de las Crónicas muestra la acción de la gracia de Dios en él. Las razones de este fracaso se explican fácilmente. Siete años antes, el temido poder asirio había puesto fin al reino de Israel con la toma de Samaria. Después, en el decimocuarto año del reinado de Ezequías, Senaquerib había tomado todas las ciudades fortificadas de Judá (v. 13). Como sabemos que Ezequías reinó 29 años y que Dios añadió 15 años a sus días cuando cayó enfermo, es fácil ver que esta enfermedad ocurrió en el decimocuarto año de su reinado, es decir, en el momento en que su país fue invadido. Esto se confirma en [2 Reyes 20:6](#). Comprendemos que tuvo miedo y se sometió al tributo que le impuso el rey de Asiria, pero como este no cumplió su palabra, la riqueza entregada fue inútil. A esto nos lleva el compromiso humano.

Los orgullosos discursos de Rabsaces siguen en el capítulo 18 de 2 Reyes. Pero des-

pués de este fracaso, caminando de nuevo por la fe, Ezequías sigue siendo un hombre del santuario. Lo vemos, con un vestido de humillación, entrando en la Casa de Jehová (19:1). Algunos habrían esperado verle en un carro, vestido con ropas reales y dirigiendo su ejército, pero él prefería la tranquilidad del santuario. Si el rey de Asiria lo hubiera visto cubierto de saco y en ese lugar, probablemente se habría reído de él. Ezequías sabía que la victoria se obtenía aquí y en ningún otro lugar y, en este lugar, comprendió que, ante el poder de su Dios, un gran ejército es muy poca cosa. Sabía que no tenía fuerzas, pero que Dios lo era todo. Ezequías envió entonces una delegación a Isaías. Mucho pueblo» que queda» (v. 4) en una situación aparentemente desesperada; sin embargo, no carece de recursos. ¿Acaso no tienen un rey piadoso, un templo purificado, el profeta que trae la Palabra y, sobre todo, un Dios que puede liberarlos? El profeta responde al rey con un «no temáis» (v. 6).

Antes de entrar en guerra con el rey de Etiopía, Senaquerib envía mensajeros a Ezequías con un mensaje escrito (v. 8-13). Entonces el rey sube de nuevo a la Casa de Jehová, despliega la temida carta ante Jehová y ora (v. 14-19). ¡Bello ejemplo para nosotros! Allí, en el santuario, en la tranquilidad, puede mirar a Dios como el Mismo, el Creador. El «sálvanos, te ruego» (2 Reyes 19:19) iba a ser respondido. Sepamos, también nosotros, entrar en el santuario con todas nuestras preocupaciones, grandes y pequeñas, y aprendamos a exponerlas ante nuestro Dios.

A través de Isaías, Dios responde mostrando la importancia que tiene ante sus ojos su pueblo, «la virgen hija de Sion» (2 Reyes 19:21). Senaquerib se había atrevido a ultrajar al Señor cuando solo era un instrumento en sus manos. El ángel del Señor hirió a 185.000 hombres (v. 35), y si hubiera habido más, la victoria habría sido la misma. Aunque su fe vaciló en un momento dado, Ezequías, el hombre del santuario, salió victorioso de esta primera prueba.

Proféticamente, esta derrota completa prefigura la del asirio al final (Dan. 11:44-45).

6 - La segunda prueba (2 Reyes 20:1-11)

Veamos ahora la segunda prueba: «Ezequías enfermó de muerte». Como ya hemos visto, esto tuvo lugar antes de la derrota de los asirios. Dependiente, Ezequías ora y Jehová le habla (2 Crón. 32:24). La respuesta es notable: su propia curación está vinculada a la liberación de Jerusalén (2 Reyes 20:5-6). La señal dada, la sombra que retrocede diez grados en el reloj solar que un rey impío había establecido, muestra

que Dios retrasaba la hora del juicio. También se entiende que el poder de la muerte, que parecía avanzar imparable, fue completamente derrocado por la muerte y resurrección de Cristo.

Por su escrito (Is. 38:9-20), vemos que Ezequías aprendió mucho en esta circunstancia. Comprendió que era el amor y la gracia de Dios hacia él: «A ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados» (v. 17). Comprendió que era un ser vivo, por lo que podía alabar a Dios (v. 18-20). Sigue siendo, como siempre había sido, el hombre del santuario: «Por tanto cantaremos nuestros cánticos en la casa de Jehová todos los días de nuestra vida» (v. 20). Pero está claro que este relato tiene un aspecto profético: contiene el lamento del residuo de Israel que desea celebrar a Jehová.

7 - La tercera prueba (2 Reyes 20:12-19)

Llegados a este punto, y después de que la Escritura nos haya dicho tanto bien de él, podemos preguntarnos: ¿Quién podía vencer a un hombre tan fiel como Ezequías? Ay, el que había hecho purificar el templo, el que había triunfado del rey de Asiria, el que había sido sanado en respuesta a su oración, cayó ante la embajada babilónica armado con una carta y un regalo. ¿Por qué no estuvo atento y no utilizó la oración? ¿Por qué dejó de ser el hombre del santuario? Debería haber llevado esta carta a la casa de Jehová y haberla desplegado ante Él, como había hecho la primera vez; entonces se le habrían abierto los ojos a las intenciones del rey de Babilonia. Aprendemos la razón de la caída del rey en 2 Crónicas 32:25: después de haber sido sanado, «no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enaltecó su corazón». Se nos dice que Dios lo abandonó para probarlo, para que conociera todo lo que había en su corazón (2 Crón. 32:31). Trató de presumir mostrando sus riquezas, cuando debería haber glorificado al Dios que lo había sanado y le había dado las riquezas.

Si pudiéramos aprender de estas cosas y comprender que nuestro corazón no es diferente al de Ezequías. El corazón natural siempre busca elevarse. Si recordáramos mejor, rechazaríamos las sonrisas del mundo, rechazaríamos el presente que ciega (Éx. 23:8), sabríamos que la amistad del mundo es enemistad con Dios (Sant. 4:4) e imitaríamos a Abraham que rechazó todo lo que pertenecía al rey de Sodoma (Gén. 14:22-24). Entonces Dios dará su apreciación a través del profeta. Todas las cosas de las que Ezequías se había jactado ante el mundo le serán arrebatadas por

el propio mundo. «Será llevado a Babilonia, sin quedar nada, dijo Jehová» (2 Reyes 20:17). Es hora de que entendamos que, de todas las cosas que nuestros corazones naturales han codiciado y obtenido, no quedará nada. Nos alegra saber que Ezequías se humilló porque su corazón se había enaltecido, tanto él como los habitantes de Jerusalén (2 Crón. 32:26).

Hombre de fe, hombre de avivamiento, hombre fiel, hombre del santuario, hizo, por fe, doblegar ejércitos extranjeros (Hebr. 11:34).

«Y durmió Ezequías con sus padres, y lo sepultaron en el lugar más prominente de los sepulcros de los hijos de David» (2 Crón. 32:33).

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 1992, página 289